

cedor sería una realidad. El Tribunado, con esperanzas ilimitadas, aplaudió la paz de Luneville: "La paz, exclamó Juan Debry, la paz, invocada en todos los puntos de la Europa, va muy pronto, no podemos dudar de ello, á poner un término á las calamidades humanas." Los reyes y los pueblos tienen la costumbre de festejar las victorias, aunque se hayan adquirido con la sangre de los hombres. Juan Debry propuso al Tribunado el emitir un voto "para que la época para siempre memorable en la que hubiese dejado de correr en el continente la sangre humana fuese anualmente celebrada y colocada en el número de las fiestas republicanas," (1).

El Senado se asoció á esas manifestaciones. Había en él algunos miembros que habían pertenecido á las diversas asambleas de la Revolución; habían conservado su fe en los principios del 89; y uno de los principios inscritos en la bandera de la Francia nueva, ¿no era la fraternidad universal? Grégoire, obispo constitucional de Blois, se hizo el intérprete de esas ideas generosas. Repitamos sus palabras; atestiguan en favor del genio revolucionario al mismo tiempo que son una protesta contra la época de guerra y de conquistas que va á empezar: "Las naciones, fatigadas de discordias sangrientas, desengañadas de las falsas ideas de grandeza, sienten la necesidad de amarse, de unirse, tienden unas hácia otras sus manos fraternales. ¡Ay de aquella que intentase fundar su prosperidad en los desastres de las demas! *Persuadidas que la felicidad es solidaria entre ellas*, van á hacer un cambio de amistad, de producciones, de descubrimientos. Una larga privación y la necesidad darán más actividad á sus comunicaciones respectivas, en una época en la que, amortiguados los odios nacionales y religiosos, van á ser reemplazados por la tolerancia; en la que los progresos de la civilización, aproximando los pueblos, les han dado un carácter más homogéneo," (2).

El Cuerpo legislativo siguió el ejemplo del Senado y del Tribunado, votando un mensaje á los cónsules. Si todos los órganos de la nación se felicitaban de los brillantes triunfos debidos al genio de Bonaparte, más celebraban la paz que había

(1) Sesión del 12 nivoso, año IX (*Archivos parlamentarios*, tomo II, p. 46).

(2) *Choix de discours et de rapports*, t. XVII, p. 391.

coronado la victoria que la victoria misma: "Van por fin á nacer, dicen los diputados del Cuerpo legislativo, esos días de prosperidad que la paz asegura á una nación tan grande y tan generosa. ¡La paz! ¡la paz! es el grito de toda la Francia; y en medio de sus triunfos, nuestros guerreros lo hacen oír. Si algo puede suavizar en el alma del filósofo la pérdida de la sangre humana, es cuando no es la ambición la que ordena la carnicería, y cuando no se dan las batallas más que para la tranquilidad del mundo. ¡Gracias sean dadas á nuestros bravos ejércitos! ¡Gracias sean dadas á vuestra sensatez, á vuestra firmeza!" (1).

Ese lenguaje es el de una asamblea republicana. El nombre del primer cónsul está oscurecido, se pierde en la gloria de los ejércitos de la república. Sin embargo, el futuro César contaba desde esta época algunos aduladores; pero, ¿cosa notable! creían lisonjearle exaltándole como el héroe de la paz. Las palabras que vamos á transcribir están llenas de un entusiasmo pacífico, que contrasta singularmente con la realidad de las cosas; no son por esto menos importantes como expresión de los votos de la Francia: "¡Que esta guerra, la más larga y la más desastrosa tal vez que jamás haya desolado al mundo, sea al menos la última! ¡Prométele, joven héroe, oh tú, el orgullo de mi patria, tú que una boca republicana puede alabar sin que se la tache de adulatora! La victoria y la paz oyen tu palabra, y tú no has dado jamás tu palabra en vano. Promete al universo la paz que prometes á la Francia. No te falta más que esta gloria, y las últimas generaciones pagarán en agradecimiento á tu nombre lo que nosotros pagamos en amor á tu persona," (2).

## II.

Hemos insistido en los deseos de la Francia al advenimiento del primer cónsul. Explican y excusan á la nación que, al salir de una revolución hecha para la libertad, se arrojó en los brazos de un soldado afortunado. La Francia no entendía por esto renunciar á las conquistas del 89; el lenguaje de los constituyentes continúa resonando en los

(1) *Archivos parlamentarios*, t. II, p. 48.

(2) VIENOT-VAUBLANC, *Discurso*, 24 pluvioso, año IX (*Archivos parlamentarios*, t. II, p. 375).

discursos de los legisladores y de los tribunos; invocan la filosofía, porque tienen la conciencia que la Revolución es hija de la filosofía. Esperaban que el joven héroe que la nación había aclamado estuviese harto de gloria militar y que aspirase á una gloria nueva, la de reparador y de pacificador. La Francia entera creía que el consulado inauguraría la era de paz.

Nos queda un testimonio curioso de esas ilusiones: es un partidario muy adicto del primer cónsul, Regnault de Saint-Jean d'Angely, quien va á decirnos cuáles eran los sentimientos de la nación después del 18 brumario. Se creía, dice, antes del 18 brumario, que si la guerra se prolongaba, y si parecía perpetuarse, la falta era de la ambición de la Francia. La Revolución que ha colocado un general victorioso al frente de la república desengañará á la Europa. Se ha hallado que el vencedor del Austria no alimentaba más que pensamientos de moderación y que el soldado amaba la libertad. Esta es la imagen de la Francia. La victoria ha vuelto á nuestras banderas. Y ¿cuál ha sido el primer deseo de los vencedores? La paz. Todos los Franceses la han aplaudido. Era una nueva gloria que conquistar, pues que era Bonaparte quien la quería. Regnault de Saint-Jean d'Angely concluye por decir: "Toda la Europa ha creído en la sinceridad de este deseo, porque no puede menos de creerse en la sinceridad de un gran carácter, y porque no puede impedirse el oír lo que proviene de los sentimientos unánimes de una gran nación," (1).

Hé ahí un hombre sincero que habla sin énfasis y sin adulación. Lo que dice lo piensa, y toda la Francia, excepto los republicanos vencidos el 18 brumario, pensaba como él. Regnault de Saint-Jean d'Angely no se equivocaba respecto á los votos de la nación; quería la paz, pero el hombre que se había colocado á la cabeza de la república no la quería. Lo sabemos de su propia boca. ¿Qué se debe, pues, pensar de la ficción tradicional que se repite siempre como historia? "El general Bonaparte, se dice, pensaba hacer de la paz general el programa del consulado." Esta adulación póstuma es mil veces más culpable que la adulación de los contemporáneos, porque tiende á justificar el abu-

so de la fuerza: "La revolución del 18 brumario, continúa Mr. de Carné, fué principalmente el triunfo de las esperanzas pacíficas sobre las tentativas de conquista y de propaganda democrática, tentativas extendidas por el Directorio en mayor escala que por la Convención misma," (1). No, el 18 brumario no es una revolución, es la violación de una constitución jurada por el que la viola. No, el 18 brumario no era una era pacífica en el pensamiento del general Bonaparte, porque el que, á pesar del Directorio, republicanizó la Italia, el que emprendió la conquista de Egipto contra una potencia aliada como pasatiempo hasta que llegase la hora del golpe de Estado, el que siendo general sacrificaba ya la Francia á su ambición, no se hallaba ciertamente dispuesto á sacrificar sus altos destinos á la felicidad de la Francia.

El 18 brumario no es una revolución, es la victoria de la fuerza sobre el derecho; desde entonces la fuerza debía también reinar en las relaciones internacionales. Es lo que presintió con la perspicacia que á veces da el odio el hombre de Estado que dirigía la política de la Inglaterra y que inspiraba á la coalición. Pitt decía que Bonaparte, elevado al poder por la fuerza, no podía mantenerse en él más que por la fuerza. "Es usurpador; reúne en él todo lo que un republicano debe vituperar, todo lo que un jacobino aborrece, y, principalmente, lo que un realista sincero y leal rechaza. ¿Cuál es, pues, su apoyo? Llama á su fortuna su estrella: ¿no son su espada y su ejército? Colocando toda su gloria en la gloria militar, ¿puede dejar escapar una ocasión de recoger laureles?... No teniendo otro fin que el poder absoluto, ¿puede creerse que ha de hallar su interés en bajar las armas?" (2).

Pitt pronunció estas palabras proféticas el 3 de Febrero de 1800. Fué como la declaración de esta guerra á muerte que existió entre la nación inglesa y un hombre, hasta que el vencedor, poco generoso, encadenó al vencido en la roca de Santa Elena. Napoleon cautivo se expresa respecto á Pitt con una violencia y una amargura singulares. Hay que oír esas recriminaciones; son un elemento del debate: "Pitt ha sido el dueño de la política europea; ha tenido en sus manos la suerte de los pueblos;

(1) LOUIS DE CARNE, *el Consulado, el Imperio y sus historiadores* (*Revue des Deux Mondes*, 1854, t. I, p. 646).

(2) PITT, *Discours sur le message du 3 février 1800* (*Discours de Pitt et de Fox*, t. VIII, p. 53).

(1) REGNAULT DE SAINT-JEAN D'ANGELY, *de l'état de la France après le 18 brumaire* (BOURRIENNE, *Mémoires sur Napoléon*, tomo IV, notas).

ha hecho mal uso de ello, ha incendiado el universo. ¡Su nombre se inscribirá en la historia á la manera del de Erostrato, entre llamas, lamentos y lágrimas!... Primeramente, las primeras chispas de nuestra Revolucion, despues todas las resistencias al deseo nacional; en fin, todos los crímenes horribles que fueron la consecuencia de eso, son su obra. Esa conflagracion universal de veinticinco años; esas numerosas coaliciones que la han sostenido; el trastorno, la devastacion de la Europa; los raudales de sangre que han corrido; la deuda espantosa de Inglaterra, el sistema pestilencial de los empréstitos, el malestar universal de hoy, todo esto es de su mano. La posteridad lo reconocerá, lo señalará como un verdadero azote: este hombre, tan ensalzado en su época, algun día no será ya más que el genio del mal... (1).

¡Qué obcecacion en un gran ingenio! ¿Cómo no veía Napoleon que engrandecía á su adversario al acumular en su cabeza esas acusaciones gigantescas? Diríase que Satanás había tomado cuerpo en el ministro inglés. Y Satanás mismo, ese genio del mal, no hubiera podido producir todo el mal que el prisionero de Santa Elena atribuye á Pitt. ¡Un hombre, un ministro de Inglaterra, autor de la Revolucion, de sus excesos y de sus crímenes! ¡Hé ahí la más imposible de las imposibilidades! Hay algunas quimeras entre los crímenes que Napoleon le imputa. La Inglaterra es fuerte y poderosa, á pesar de su *espantosa deuda*, y el sistema de los empréstitos es tan poco *pestilencial*, que, gracias á esa enfermedad contagiosa, los pueblos realizan los prodigios de la civilizacion cuyo provecho sacará la posteridad más lejana. La sola censura que Napoleon tenía derecho de hacer á Pitt era que fué el alma de las coaliciones que se formaron contra él; aun despues de haber bajado á la tumba el ministro inglés, su espíritu continuaba animando á la Europa coaligada. ¿Hacia mal la Europa?

Hemos condenado la primera coalicion que pretendía imponer á un gran pueblo una forma de gobierno y abusos de los cuales ya no quería; no conocemos liga más criminal que la de la antigua monarquía contra la libertad naciente. Pero cuando el poder inmenso de la república, concentrado en las manos de un genio militar sin igual, amenazó la independencia del continente, ¿hizo mal el

(1) LAS CASES, *Memorial de Santa Elena*, t. VII, p. 88.

continente en defenderse? Y ¿fueron las coaliciones otra cosa que medidas de defensa? Á esta acusacion responde Napoleon que ofreció la paz y que estuvo siempre dispuesto á firmarla; que esta paz le fué negada siempre; que cuando los vencidos se resignaban á tratar, era con la voluntad bien decidida de volver á empezar á luchar. "No cesan, exclama el cautivo de Santa Elena, de hablar de mi amor por la guerra; pero ¿no he estado constantemente ocupado en defenderme? ¿He obtenido una sola victoria que no haya inmediatamente propuesto la paz?... Siempre he sido gobernado por las circunstancias de tal modo, que al principio de mi elevacion, en tiempo del consulado, verdaderos amigos, mis calurosos partidarios me preguntaban á veces adónde pretendía yo llegar, y yo respondía siempre que no lo sabía," (1).

El fatalismo de las circunstancias puede ser invocado como una excusa que atenúe algunos errores ó algunas faltas, pero no es una justificacion de la ambicion desmesurada de un hombre. Es muy cierto que Napoleon, en medio de los abusos de la fuerza, afectó siempre el deseo de la paz; pero esas declaraciones poco sinceras atestiguan precisamente contra él. Cuando el emperador escribió al rey de Inglaterra la carta que hemos citado, respondió á los diputados del Cuerpo legislativo que le llevaron una felicitacion "que el deseo de economizar la sangre de sus pueblos le había dictado este paso." "Estaré siempre dispuesto, dice, á hacer los mismos sacrificios. Mi gloria, mi felicidad, las he cifrado siempre en la felicidad de la generacion actual. Yo quiero que tanto como pueda influir en ello, el reinado de las ideas filantrópicas y generosas sea el carácter del siglo. Á mí, á quien tales sentimientos no pueden ser imputados como debilidad, á nosotros, al pueblo más dulce, más ilustrado, más humano, corresponde el recordar á las naciones ménos civilizadas de la Europa que no forman más que una misma familia, y que los esfuerzos que emplean en sus disensiones civiles son ataques á la prosperidad común," (2).

Un filósofo del siglo XVIII no hubiera hablado

(1) LAS CASES, *Memorial de Santa Elena*, t. VII, p. 120, 121.

(2) *Respuesta del emperador á un mensaje del Cuerpo legislativo*, el 24 pluvioso, año XIII (*Correspondencia de Napoleon*, tomo X, p. 178).

mejor. Es decir que Napoleon traspasaba el fin en sus protestas pacíficas. No había nacido filántropo, no tenía por mision el propagar el reinado de la fraternidad. Si recogemos esas declamaciones, es como protesta contra la ambicion incansada en el emperador. Él mismo se condena, porque sus actos son lo contrario de sus palabras. Al hacer este juicio severo respecto á Napoleon, no creemos por ello descargar á Pitt, mejor dicho, á la nacion inglesa, cuyo órgano era él, de toda responsabilidad. Nada más torpe, nada hasta más falso que los cargos del ministerio inglés contra la Francia consular. ¡Á la carta del primer cónsul, lord Grenville respondió que el rey no podía reanudar relaciones pacíficas con la Francia en tanto que ésta permaneciese bajo el imperio de un *régimen subversivo de todo orden social*; que la garantía más eficaz de la existencia de la sociedad civil en Francia era el restablecimiento de los Borbones en el trono, *acontecimiento que le aseguraría la posesion no contestada de su antiguo territorio*! (1). Admiramos la exagerada insolencia de semejante lenguaje. ¿Estaba aún la Francia en 1800 bajo el régimen del terror? ¿Estaba en vísperas de la batalla de Marengo, que se le podía proponer el renunciar á la Bélgica, el renunciar á la orilla izquierda del Rin, el renunciar á la Saboya, para obtener en compensacion la felicidad inapreciable de ser gobernada por Luis XVIII? Cuando se leen las violentas declamaciones á que se entregaba lord Grenville en el seno del parlamento, preguntase uno si había un abismo entre la Inglaterra y la Francia, y si los Ingleses no sabían lo que pasaba entre sus vecinos del otro lado de la Mancha: "Cesar de combatir una nacion enemiga de todo culto, de toda moralidad, de todo gobierno, no es trabajar á la felicidad común, es cansarse de oponer una resistencia al mal. Es preciso, pues, sostener la guerra con energía contra un poder que quiere avasallar el mundo para devastarlo... La Francia conserva los mismos sentimientos, los mismos principios que han empezado la Revolucion. Esos principios fueron novadores, lo son todavía; fueron jacobinos, todavía lo son; la Francia fué infel á sus tratados, aún lo es; declaró la guerra á los reyes, trata aún de derribar á los reyes."

(1) THIERS, *Historia del Consulado y del Imperio*, t. I, p. 53 (edicion grande en 8°).

Uno de los historiadores más moderados del imperio (1) pregunta si este es el lenguaje que debía usar con una nacion que tenía algun derecho á ser altiva. Esas invectivas se convirtieron para el primer cónsul en una excelente arma de guerra. Para él eran un pretexto, para la nacion eran mejor que eso. Tanta hiel revelaba un odio profundo. En Francia tampoco se habían apagado los odios, y el desprecio insultante que se la manifestaba desde lo alto de la tribuna de los lores no era á propósito para calmarlos. Esos ultrajes eran tanto más culpables que venían despues de una oferta de paz, oferta que el gobierno hubiera debido considerar como seria, aunque no fuese más que para permanecer en su papel de la defensiva. Poniendo la Inglaterra tanto ardor en sus sentimientos hostiles, suministraba pretextos á la ambicion de Bonaparte; de violencia en violencia, el pretexto se convirtió en una excusa y casi en una justificacion.

## § II.—El primer cónsul y la Inglaterra.

### N.º 1.—La paz de Amiens.

La paz de Amiens parecía realizar los votos del 89 y abrir la era pacífica que la Francia esperaba del advenimiento del primer cónsul. En el mensaje que Bonaparte dirigió al Cuerpo legislativo, hablaba como Fenelon: "Muchos pasarán de aquí en adelante para nosotros sin victorias, sin triunfos, sin esas negociaciones brillantes que forman los destinos de los Estados; pero otros éxitos deben marcar la existencia de las naciones, y principalmente la existencia de la república. Por todas partes se despierta la industria, por todas partes el comercio y las artes tienden á unirse para borrar las desgracias de la guerra. Trabajos de todos géneros ocupan el pensamiento del gobierno. El gobierno cumplirá esta nueva tarea con éxito por todo el tiempo que se halle investido de la confianza del pueblo francés. Los años que van á pasar serán, es cierto, ménos célebres; pero la felicidad de la Francia se aumentará con las probabilidades de gloria que haya desdeñado," (2).

(1) LEFEBVRE, *Historia de los gabinetes de la Europa durante el Consulado y el Imperio*, t. I, p. 40.

(2) Mensaje del 16 floreal, año X (*Correspondencia de Napoleon*, t. VII, p. 580).